

PÁRPADOS TATUADOS

G B-G

Para Mabáeb

-¡Has llegado! ¡Al fin has llegado! —le dijo el aún aprendiz de místico a su mejor amigo, al tiempo que reía y le daba un fuerte abrazo.

El joven apoyado en el marco de la puerta hizo eco de la risa y replicó: —¿Creías que me había perdido? No. Tu cabaña está en lo más profundo del bosque, pero aquí estoy.

Hacia meses que el aprendiz había estado esperando a su amigo, a quien había invitado para que lo acompañara en la examinación en la que demostraría sus conocimientos de *la orfebrería de lo intangible*, ese momento tan importante y para el cual se había preparado por varios años y con tanto esfuerzo. Bajo la luz de la luna llena, sus habilidades serían puestas a prueba.

Pronto se concretaría casi una década de estudios e investigaciones; de reflexiones, silentes observaciones y meditaciones; de contemplaciones, absorciones y *moldeos*. En los últimos meses había repasado todo el conocimiento adquirido, practicándolo una y otra vez hasta haber quedado lo más satisfecho posible. Él era consciente de que siempre podría moldear el barro etéreo de manera más fina y con absorciones más detalladas. Contemplar un mismo musgo por el resto de sus días y no abarcar toda la gama de detalles de su presencia en el mundo: cuando era bañado por el rocío matinal bajo una bruma de verano, cuando la corteza del árbol sobre el que reposaba era empapada por la lluvia, cuando interactuaba con el susurro de un repentino viento, o la caricia de un rayo lunar... Cuando lo observaba con alegría en su corazón, o con una profunda melancolía... Siempre podría escuchar el trinar de las aves con oídos nuevos, sentir el movimiento de sus manos, brazos y cuerpo con silencios más profundos, u oler el perfume de la tierra y las frondas húmedas con pasos diferentes en senderos aún más ignotos. Empero, había llegado el momento en el que ya no podía alargar más el perfeccionamiento de sus estudios y destrezas. Se hacía imprescindible que se presentase ante los místicos para mostrarles los resultados de sus largos años de

dedicación a *la alfarería de lo inefable*. Ese consejo de sabios escrutaría su dominio de todos los *moldeos* conocidos por cualquier principiante de orfebre de lo etéreo, aquellos para los que se requerían los estudios del nivel del báculo, y, finalmente, aquellos logrados tan sólo con los ojos cerrados y que eran del dominio de los místicos más avanzados en los arcanos de *la orfebrería de lo etéreo*. Tendría que mostrarles, además, aquella *modelación* que él había logrado inventar tras largos años de cavilaciones, experimentos y ejercicios en la amada soledad del bosque. Sólo así obtendría sus tatuajes sobre los párpados.

Albas, amaneceres, días, atardeceres, ocasos, crepúsculos y noches habían sido sus acompañantes en tanto él se sentaba frente a su escritorio de madera de tejo, cubierto de libros, pergaminos y sus interminables apuntes con dibujos y anotaciones en los márgenes de sus páginas. Horas y horas bajo las enormes ramas de esos ancianos robles y pinos había pasado, mientras moldeaba la arcilla etérea obtenida de las absorciones de los ritmos del viento, de la danza de los ríos, de los aullidos de los lobos. Varios de esos ecos aún continuaban vivos.

El viajero —pese a haberse decantado por otra área del saber— estaba al tanto de esto y de la importancia de la ceremonia que tendría lugar tras unos cuantos días. Se quitó las botas, dejándolas debajo de un banco de madera cuidadosamente labrada colocado junto a la puerta. Fatigado por el largo viaje, agradeció el tarro rebosante de jugo de manzanas que el aprendiz le había ofrecido con una amplia sonrisa, al tiempo que lo invitaba a sentarse en una mecedora frente a una chimenea de piedra. Miró a su alrededor: el típico escritorio de un escolar de *la alfarería de lo etéreo*, sobre el que descansaba el cráneo hecho de una pasta de ámbar que él y otro amigo le habían regalado hacía más de tres décadas, unas delgadas escaleras que llevaban a un segundo piso, una mesa servida, libreros repletos de tomos, algunas pinturas y varias ventanas amplias. En los rayos del ocaso que entraban por un par de ellas y bañaban la chimenea con su miel luminosa flotaban en silencio un sinfín de motas de polvo.

El todavía aprendiz tomó un tarro con agua caliente, se sentó al lado de la mecedora sobre un tapete extendido frente a la chimenea y calló. Ambos hombres



contemplaron la luz y las partículas de polvo bailando en ese mar luminoso, que se difuminaba callada y parsimoniosamente, hasta que el disco solar se escondió detrás de las copas de los inmensos árboles.

—¿Estás listo? —resonó la voz del viajante.

—Sí.

— Muéstrame el báculo y explícame bien qué es lo que tengo que hacer. No quiero equivocarme.

—Sí, no vaya a ser que termine como tus botas —soltó una carcajada fuerte y cálida que encontró eco en la voz de su amigo, recordando la ocasión en la que él había venido a visitarlo en invierno calzando unas botas de las tierras del sur, las cuales se había visto obligado a dejar de lado para evitar que sus pies terminaran congelados. Algunos días después las habían encontrado deshechas en el jardín, víctimas de un mapache que había entrado a la cabaña.

El joven que en un par de días sería puesto a prueba se levantó y extrajo un poco de barro intangible. Sobre su mano parecía que el aire pulsara, fuera líquido y ligeramente luminoso. Lo moldeó por unos segundos. Unas dóciles crepitaciones se dejaron oír y apareció una pequeña flama. La arrojó con suavidad hacia la chimenea y en ésta floreció una multitud de llamas que chisporroteaban de vez en vez, cual si se tratara de un fuego consumiendo maderos, mas éstas danzaban solas en el aire a unos cuantos centímetros del suelo. Volvió a extraer un poco más de resina inefable. Modeló ese pulsante aire líquido y luminoso hasta que éste emitió suaves trinos, así como un calmo reflejo de calidez solar, y la palma de su mano brilló. El aprendiz de místico la pasó sobre varias superficies, dejando un rastro ambarino que alumbró todo el hogar, y se dirigió hacia un librero en cuyo costado reposaba el cayado. Se lo presentó a su huésped y al

tiempo le revolvió los cabellos con la mano. Estos brillaron ligeramente, provocando una resonante cascada de carcajadas en ambos. Su buen amigo tomó el báculo con sumo cuidado. Inspiró con sorpresa y palpó cuidadosamente los diversos grabados en la vara de tejo.

El aprendiz de místico lo observó y asintió con una sonrisa.

—Son los ecos en el báculo. No te preocupes. Estoy seguro de que te vas a acordar de todo y tu desempeño en la ceremonia será perfecto.

—¿Ya has decidido qué te tatuarás en los párpados? ¿Sigues con la idea de que sea un bosque? —le preguntó en tanto examinaba los diversos grabados en la vara de tejo—. Veo que le has agregado más figuras y también varias palabras que no tenía antes. La última vez que lo vi apenas tenía el comienzo de la enredadera en la base y, por supuesto, un árbol. Un lobo, viento, una abeja, lluvia; amistad, amor, paz, orar; Eutlie...

—¡Por supuesto! Eutlie lo ha creado todo —exclamó el joven que volvía a sentarse en el tapete, apartándose del rostro un mechón de su larga cabellera—. Por eso le rezamos y adoramos. Todos los universos, todas las existencias, son productos suyos. De todas las inscripciones, *Eutlie* es la más importante. Y, sin embargo, ningún *moldeo* reside en ella.

—¿No? Entonces, ¿por qué lo has inscrito?

—Su nombre es sagrado, ¡no lo voy a utilizar para confeccionar *moldeos*! Lo he inscrito para recordar que cada *modelación* que confecciono debe ser en honor de Eutlie.

—Entiendo, y concuerdo contigo, pero eso no me lo habías dicho. Necesito que me digas estas cosas para que pueda

ayudarte cuando sea la ceremonia. De lo contrario no voy a saber qué hacer —sus manos palpaban los grabados, tallados e ígneos, que cubrían el báculo—. Si pudieras escribirme en un papel qué inscripción significa me ayudarías bastante.

—No es así como funciona, ya te lo he dicho. Cada una de las palabras e imágenes grabadas en el bastón de un orfebre de lo inefable, ya sea concreta o abstracta, opera como un símbolo que tiene que ser interpretado y accedido de acuerdo a su propia idiosincrasia. La abeja en mi cayado, por ejemplo, es el símbolo que yo uso para el *moldeo* de sanación de heridas internas, mas para otro místico puede ser para una *modelación* completamente distinta. Los *moldeos* son los mismos para cada alfarero de lo intangible, mas cada uno representa cada *moldeo* con el símbolo que ella o él escoja.

—Lo sé. ¡Una planta con una sonrisa en sus hojas puede ser el símbolo que otro orfebre de lo etéreo use para el *moldeo* que cure ese tipo de heridas! —intervino su amigo con un poco de exasperación—. Y si te conozco bien, seguramente esta talla de una ráfaga de viento es el símbolo que usas para limpiar tu casa; y ésta de un pie, para cargar objetos pesados —el aprendiz de místico sonrió con aprobación y se murmuró algo a sí mismo—. Sin embargo, eso no significa que tú no puedas darme una lista de lo que quiere decir cada una de las inscripciones en tu cayado.

—Podría hacerlo, mas no te serviría de nada. Para ayudarme en la ceremonia tienes que entender cada *moldeo* en el bastón no en base a tu memoria sino a lo que percibas en él. Si recuerdas lo que te acabo de decir acerca de la abeja, mas no puedes discernir el *moldeo* de sanación de heridas internas latente en el báculo, todo será en vano. Es necesario que cada talla y grabado ígneo hablen por sí mismos —por decirlo de alguna manera— e intuyas el *moldeo* en cada uno de ellos. Es en ese momento cuando tienes que concentrarte profundamente para acceder a la *modelación* que yo te pida. Al hacerlo también podrás percibir los ecos de la contemplación o contemplaciones que nutrieron al barro inefable empleado para confeccionarla. Así será con cada *moldeo*.

—¿Quieres decir que tu cayado no es tan sólo algo que es un producto tuyo, sino que en él hay retazos o presencias de lo que contemplaste?

—¡Exacto! Es justamente por eso que cada báculo es único, no tan sólo por ser un producto de cada místico, cual podría serlo una obra artística. ¿Te has fijado que no se trata de una vara seca sino de un ente vivo? Mira las hojas en su punta —el viajante, que estaba al tanto de este hecho, las miró y tocó con suavidad—. En él residen los

ecos de aquello que fue contemplado en cada absorción y eso es lo que le da vida.

—Entonces esta inscripción, su nombre... —señaló una talla, que reflejaba el cariño y esmero puestos en su confección, en la que se mezclaban elementos ígneos y labrados—. Ella está aquí, o parte de ella, o... ecos vivos de su presencia. No es tan sólo un recuerdo

Sus palabras flotaron en un profundo silencio. Éste los acompañó por un largo tiempo y ninguno de los dos lo quebró hasta que la sombra de nostalgia dejó los ojos del aprendiz de alfarero de lo inefable.

—Lo siento, no quise traerte memorias tristes.

—Está bien. No son enteramente tristes. La pena se debe a su ausencia, su recuerdo es una de mis más, tal vez la más, profunda y gozosa de mis alegrías. Nunca he sido tan feliz como cuando compartí mis años con ella. No era perfecta, mas era perfecta para mí —la voz del aprendiz eran los resabios de un trueno reverberando entre retazos de lluvia y viento. Por primera vez hablaba al respecto con alguien—. A su lado la vida era tan dulce... Cuando grabé su nombre lo hice un día en el que observamos un atardecer juntos en tanto charlábamos con el corazón abierto, hicimos el amor frente a la chimenea encendida al terminar el ocaso y ella se quedó dormida bajo la sábana de mis caricias casi flotantes sobre su piel. El barro etéreo que utilicé para ese grabado provino enteramente de la absorción que obtuve al contemplarla. Esa noche no dormí. ¡Su grabado es mucho más que una simple memoria! Es su sonrisa bajo la carpa del sol, ella aprendiendo a nadar sobre mis brazos, sus palabras de miel... Es toda ella. Una absorción se hace mientras se está contemplando, y esto provee la resina etérea que se emplea para confeccionar un *moldeo*. Así pues, cada *modelación* guarda ecos de lo que se contempló. Estos son como un sabor o un olor, una sensación, una imagen, una parte de su presencia.

—Y en un báculo...

—Reside todo esto. ¿Lo entiendes? La arcilla intangible que radica en el cuerpo del místico está en éste tan sólo por un tiempo, un par de semanas, tal vez tres a lo máximo, puesto que cual acaece con el agua y el alimento, conforme pasan los días el alfarero de lo inefable se nutre, por así decirlo, de él.

—En un cayado, en cambio, perdura y vive —concluyó su amigo estirando las manos hacia las llamas que crepitaban en la chimenea.

Callaron una vez más. La muerte de la esposa del aspirante a alfarero de lo intangible había sucedido hacía ya más de

siete años, pero el viajero podía percibir que para su anfitrión este suceso podría haber sido hacia tan sólo unos meses. Ahora comprendía la razón por la que su amigo nunca se separaba de su báculo, el esmero que ponía en cuidarlo y la razón por la que lo empleaba para curar no sólo heridas sino también enfermedades graves. Él sabía que los místicos utilizaban sus cayados para poder realizar sus *modelaciones* con rapidez, generalmente para regenerar un miembro amputado, sanar una herida profunda, detener una caída o hacer levitar un objeto. O para defenderse. Nadie los empleaba para curar enfermedades, y mucho menos las que tomaban semanas o meses en matar al paciente. Siempre se usaban libros para tales propósitos. O se llevaban a cabo a partir de la memoria.

—¿Es igual con los *moldeos* escritos en los libros o los que se hacen de memoria?

—¡No! —la negación fue casi un gruñido gritado—. Un báculo es un ser vivo y existe un lazo entre éste y el místico que lo ha creado y lo ha labrado. Por esta razón los ecos de lo contemplado continúan reverberando en él y cada vez que el alfarero de lo etéreo que lo ha tallado lo toca, éstos se intensifican y él puede percibirlos con claridad. ¡Los libros no son seres vivos, y lo memorizado tampoco! —sus manos subían y bajaban con rapidez salvaje—. En ellos no hay nada vivo de lo contemplado, tan sólo lo que la memoria recuerda. ¿Comprendes? Si otro orfebre de lo inefable tomara mi báculo, sería como si sostuviera uno de mis libros de *modelaciones*. No percibiría nada. Comprendería los *moldeos* que residen en el cayado, sabría que hay ecos en él, mas no lograría acceder a ellos. Para esto él o ella tendría que conocerme muy bien y yo debería haberlos intensificado con mi canto a tal efecto el día anterior. Por eso te necesito en la ceremonia.

La mística que funge como cabeza del concilio sostiene los brazos en alto intentando apaciguar a la concurrencia. Nunca antes ha sucedido una situación semejante: el aprendiz ha llegado solo. Ella lo mira y exhala un bramido con fuerza en tanto meneaba la cabeza.

Ocurre lo que nunca debería haber acaecido: el báculo flota ante la vista de todos en tanto es consumido por las llamas y crepita estruendosamente. Es el aullido de un mundo muriendo. Una extinción.

A la luz de la luna llena se va todo lo que hasta ese momento había residido en el cayado; el cuidado y esmero puesto en cada talla, en cada grabado ígneo; las contemplaciones absorbidas... y el eco más amado.

El ahora orfebre de lo intangible observa con la mirada absolutamente anegada. Al perderse las últimas cenizas de

su báculo en el aire, baja la vista para que sólo la hierba sea testigo de su inconmensurable dolor. Cierra los ojos y en sus párpados empieza a formarse un tatuaje.

—¡¡Eres un imbécil!!! —rugió el viajero golpeando en la mesa tras haberse repuesto del enmudecimiento que la noticia le provocara—. ¿Por qué no me dijiste nada?! ¿Por qué?! ¡Habría atrasado mi viaje!! ¿Por qué no me detuviste y me aclaraste que la ceremonia era ese día?! ¿Por qué no la aplazaste?! —se le acercó rabiosamente con los puños cerrados y ojos de muerte—. ¡Vine hasta acá tan sólo para eso! ¡Has perdido tu excremento de ramabastón! ¡¿Qué carajos estabas pensando?!!

Se miraron.

—Sabes bien que era imposible posponer la ceremonia. De haberlo hecho, habría sido yo quien habría sido consumido por esas llamas. El proceso se inició en el instante en el que llegaste a estas tierras. ¡Pero si hubieras participado en la ceremonia no habrías llegado a su lado a tiempo!

—¡Habría cabalgado noche y día!

—No lo habrías logrado aún si hubieras volado en alas de...

—¡Lo habría intentado! —vociferó su querido amigo.

—¡¡Rarasa murió tres días después de la ceremonia!!! La noticia apenas nos llegó a tiempo. ¿No te das cuenta?! ¡No habrías podido despedirte! Cuando... —la voz se le fue—. Yo pude... —apenas logró pronunciar antes de que reventara la tormenta que nunca había salido desde debajo de sus párpados. Sus ahora párpados tatuados que mostraban un maravilloso bosque antiguo lleno de vida.

Su mejor amigo lo abrazó y esperó.

Tiempo más tarde, el ahora místico se internó por meses en senderos ignotos de la foresta hasta hallar la rama que sería su nuevo báculo. Cerró los ojos. En el tronco de uno de los árboles más añosos de la foresta tatuada en sus párpados brilló un grabado, y luego otro.

—Te veo, aún cerrando mis ojos. Te veo —repitió en el silencio del bosque cuando finalmente pudo hablar—. Siempre te he conocido, mas ahora veo y escucho incluso el aura de tu espíritu. ☞

G B-G (Ciudad de México, 1973). Mexicano, estudió su licenciatura en literatura inglesa en la Universidad de Carleton y en la UNAM; su maestría, también en letras inglesas, la terminó en la Universidad de Carleton. Posteriormente obtuvo otra maestría, así como su doctorado en literatura hispanoamericana en la Universidad de Ottawa, Canadá, país en donde reside actualmente. Ha estudiado la literatura de fantasía y de lo fantástico por los últimos veinte años.